LOS CRIOLLOS Y EL PODER ECLESIÁSTICO EN LA ÉPOCA COLONIAL: EL CASO DEL JESUITA MEXICANO ANTONIO NÚÑEZ DE MIRANDA (1618-1695)

El Padre Antonio Núñez de Miranda es conocido por los estudiosos de la literatura como confesor de Sor Juana Inés de la Cruz, y por los bibliógrafos como escritor ascético. Se sabe que fue profesor de filosofía y de teología, rector de un colegio jesuítico, provincial, aunque durante poco tiempo, calificador de la Inquisición, confesor de algunos virreyes, especialmente del Marqués de Mancera, y predicador muy afamado en México. Sin embargo, para sus contemporáneos el título más relevante del Padre Núñez era « Prefecto de la Congregación de la Purísima », como lo atestiguan las menciones del *Diario* de Antonio de Robles y las portadas de varios libros publicados entonces.

He podido leer u hojear sus principales obras, incluso algunas algo difíciles de encontrar [1] y tengo el microfilme de la biografía que publicó otro jesuita, el Padre Juan de Oviedo, siete años después de la muerte de D. Antonio: *Vida exemplar, heroicas virtudes, y apostolicos ministerios de el V. P. Antonio Nuñes de Miranda.* Obviamente, este libro es más el retrato del perfecto jesuita según las ideas de aquel tiempo que la vida concreta y verídica de un hombre de carne y hueso. Sin embargo, voluntariamente o sin querer, el texto proporciona varios datos útiles que a veces se pueden corroborar con otras fuentes.

Don Antonio era un verdadero criollo, nacido en un real de minas, El Fresnillo, cerca de Zacatecas. Era un hombre inteligente, sabio, elocuente y dotado de mucha energía: su actividad fue considerable aunque era tan corto de vista que no podía leer. Ni siquiera

1. De la Biblioteca Nacional de México: *Sermón de Santa Teresa* (1678); *Cartilla de la Doctrina religiosa* (1680); *Plática doctrinal* (2da ed. 1710); *Distribución de las horas ordinarias y extraordinarias del día* (1712).

De la bibl. Les Fontaines, Chantilly, *Exercicios espirituales...* (1695).

De la John Carter Brown Library, Providence R. I. Est. Unidos de Am.: *Sermón panegyrico de la dedicación de San Bernardo* (1691).

abandonó sus cargos cuando quedó enteramente ciego a los setenta y seis años de edad. Era muy austero y limosnero, pero de una manera francamente agresiva y teatral. Llevar sotanas remendadas era santo y bueno, pero llevar medias agujereadas era poco caritativo para el hermano coadjutor que le servía a la vez de secretario, de criado y de lazarillo, y a quien la gente podía tachar de negligente.[2] En realidad, la austeridad y la rigidez moral de D. Antonio se dulcificaban a veces ante la gente muy poderosa o muy rica. Al patrono que acaba de costear una iglesia de convento, no se contenta con elogiarle por santificar así su fortuna, lo que era muy lógico. También le afirma que los ricos en general, y los « mercaderes de plata » en particular gozan de buena fama en el Evangelio, lo que es algo sorprendente.[3]

En realidad, el Padre Núñez aparece como una encarnación muy típica del poder eclesiástico: sabe donde está el verdadero poder ideológico y tiene la voluntad y la capacidad de ejercerlo. Es probable que el ejercicio de este poder haya acabado por confundirse con su propia vida, sin perjuicio de que su piedad haya sido sincera, y su austeridad auténtica.

A ciertos estratos de la sociedad mexicana, D. Antonio y sus semejantes impusieron un clima de mortificación seguramente muy opuesto a la moral de los jesuitas casuistas condenados por Blaise Pascal. Sin embargo, no hay que culpar al Padre Núñez de sádico ni de megalómano. Por ejemplo mi opinión personal es que su actuación tan discutida con Sor Juana Inés de la Cruz fue relativamente moderada, si tenemos en cuenta su total y obligada incomprensión de los problemas personales de la monja.[4] Obró en contra de ciertas formas de superstición: la obsesión por lo milagroso y la devoción idolátrica a los santos. Desconfiaba sobremanera de la mística, lo que no nos ha de sorprender porque, por definición, en este terreno él no podía mandar. Su lema principal era « hazer con perfeccion las obras ordinarias ».[5]

Su gran campo de actividad, como la gran palanca de su poder, había de ser la Congregación de la Purísima de México. Como

2. Véase *Vida exemplar...*, Ira parte, cap. IX, y p. 140.

3. Se vale de la parábola de los talentos (*Mateo,* 25 y *Lucas* 19). Es sabido que Cristo esgrimió un látigo contra los cambistas.

4. Como se ignora la fecha del abandono de la penitente por el confesor, no hay motivo para echar la culpa a D. Antonio del cambio de vida de 1694.

5. *Distribución de las horas...*, p. 8, repetido también a menudo en otros libros.

todas las congregaciones marianas fundadas por los jesuitas a partir del fin del siglo XVI, y cuyas actividades eran esencialmente piadosas y caritativas, esta asociación era integrada exclusivamente por varones, unos eclesiásticos, otros laicos. Fue fundada oficialmente en 1646 por el Padre Cathini. La mesa directorial constaba de nueve miembros, como mínimo, entre los cuales cuatro eran obligatoriamente laicos.

El Padre Núñez fue prefecto de la Purísima desde la muerte del Padre Cathini en 1663, hasta su propia defunción en 1695, es decir durante treinta y dos años. Siempre él mismo consideró aquella función como su ministerio principal y siguió ejerciéndola durante los meses de 1680 en que era provincial de los jesuitas. En los años 1668-1669 mandó realizar una espléndida decoración para la capilla. Para sí mismo, instaló al lado un despacho desde donde lo dirigía todo, incluso la parte financiera y la organización de las visitas a los pobres que normalmente eran de la incumbencia de los laicos. Parece que, a partir de 1663, los « officiales de la mesa », como los llamaban, no sirvieron para nada; el libro del Padre Oviedo no alude siquiera a ellos mientras nos describe con muchos detalles la grandiosidad ceremoniosa y aparatosa de las visitas a los hospitales que organizaba el Padre Antonio. No se puede decir, desde luego, que en ese caso la mano izquierda ignorara lo que estaba haciendo la mano derecha: incluso unos señores bien vestidos vaciaban los orinales de los enfermos en medio de la calle...

Los talentos de organizador del Padre, así como sus dotes de predicador, dieron a la congregación un peso social considerable que tal vez no había tenido en tiempo del fundador:

> « acudiendo las Personas mas graves de la Republica en lo Ecclesiastico y Secular, los Señores Inquisidores, y Prebendados, los Señores Oydores, Cavalleros de primera magnitud y muchas vezes aun sujetos de los mas graves de las Sagradas Religiones ».[6]

Si ciertas personas, sobre todo en los principios, acudían movidos por la piedad, es evidente que luego unas consideraciones de tipo muy mundano influyeron para engrosar las filas de la asociación. Ésta se reunía los martes a las tres de la tarde en su capilla. Si el Padre Antonio pedía en sus sermones que « también » las devociones privadas de los congregantes fueran observadas, era precisa-

6. *Vida exemplar...*, p. 88.

mente porque las públicas tenían poco mérito: ser visto allí podía ser muy útil, y a veces, no ser visto podía perjudicar.

Es decir que era multiforme el poder que la jefatura de la congregación daba a Antonio Núñez: él podía influir en la vida privada de la gente y en las carreras eclesiásticas, tenía relaciones privilegiadas con muchos miembros de las demás Órdenes religiosas, podía dar consejos a muchos personajes importantes del Virreinato — aunque, según parece, no intentó desempeñar un papel propiamente político. Manejaba también una enorme cantidad de limosnas, más o menos un millón de pesos en toda su vida según su biógrafo, que no todas iban a parar a los hospitales y a las cárceles en forma de alimentos o de regalos. Por ejemplo, para permitir el ingreso de una joven pobre en un convento, Don Antonio encontraba un « padrino » que pagase la dote.

Existían otras congregaciones en la capital que podían tener también cierta influencia, pero la posición excepcional del prefecto de la Purísima al fin de su vida en el clero novo-hispano se corrobora con dos hechos. En 1690, se celebra la dedicación de una iglesia conventual llamada Nuestra Señora de Guadalupe y San Bernardo. Las fiestas duran una semana entera y se suceden predicadores de todas las Órdenes religiosas de México. El representante de la Compañía es Don Antonio Núñez, predica el día de la octava y su sermón es dos veces más largo que los anteriores.[7] En la misma época, se publica un libro con el fin de reformar los conventos de mujeres que se titula *Destierro de Ignorancias* firmado por un Fray Raimundo Lumbier; ahora bien, está escrito en la portada: « dalo a la estampa por orden... de su Ilustrissima el Sr Arz... el padre prefecto de la Purissima », y, en el libro mismo, ambos personajes aparecen como garantes del autor.[8]

El arzobispo de entonces, D. Francisco Aguiar y Seijas dejó fama de hombre muy austero. Es posible que la amistad entre Don Antonio y él haya sido muy sincera. De todos modos, el poder del jesuita, aunque muy distinto del suyo en la manera de ejercerse, era más o menos un poder rival, y era el poder de un criollo.

El mundo eclesiástico fue un terreno muy importante de conflictos entre peninsulares y criollos en la época colonial. Es sabido que este fenómeno se manifestó menos en la Compañía de Jesús

7. *El Sagrado Padron...*, de Alonso Ramírez de Vargas reúne el conjunto de los sermones que se predicaron.

8. Este libro poco conocido se encuentra en la Biblioteca Nacional de México.

que en las Órdenes en que los religiosos votaban para elegir a sus priores. Sin embargo, se pueden encontrar huellas de hostilidad mutua en la misma Compañía. La tesis de Bernard Lavalle cita casos en Perú, en Chile, en la Nueva Granada, incluso uno en la Nueva España.[9] Los peninsulares acusan a los criollos de tener « espíritu nacional », y los criollos se juzgan injustamente postergados.

La biografía del Padre Núñez redactada por el Padre Oviedo que también había nacido en las Indias, en realidad no contiene siquiera la palabra « criollo », y no alude en absoluto a esta cuestión, pero esto no significa que el autor, como sus lectores, no la hayan tenido presente en la mente. Es que precisamente era un tema tabú. Cuando Don Antonio era joven, el General Vitteleschi había prohibido emplear el término « criollo », porque se consideraba afrentoso. La política de los jesuitas consistió en no postergar a los nacidos en las Indias, pero, en cambio, exigir de ellos que se abstuviesen de ser « nacionales ». Efectivamente, en la Nueva España, varios criollos ocuparon un lugar relevante en la vida de la Orden ya desde el siglo XVII: entre ellos varios fueron procuradores de la provincia en Madrid o en Roma, por ejemplo el Padre Florencia que había nacido en San Agustín de la Florida.[10] La propia composición de un libro de doscientas páginas para celebrar los méritos de un criollo —el Padre Núñez cuyo lugar de nacimiento se indica— y proponerlo como modelo es un hecho significativo.

En realidad, lo que los mexicanos de nacimiento sentían entonces como más urgente y necesario era luchar contra el desprecio perfectamente injusto de que ciertos peninsulares hacían alarde: conocido es el caso de ese deán de Alicante que llamaba a los mexicanos « la gente más bárbara de todo el orbe ». Incluso si el Padre Núñez no se proclamaba « mexicano », la gente podía verle como tal. Después de la muerte de su prefecto, los congregantes le levantaron un grandísimo catafalco, decorado con frases de alabanza: nos dice el Padre Oviedo que no se olvidaron de escribir en un sitio muy visible el nombre del lugar « El Fresnillo », donde había nacido... Recordemos además, que el terreno de la religión

9. *Recherches sur l'apparition de la conscience créole dans la vice-royauté du Pérou, Bordeaux,* 1978.

10. Véase por ejemplo el *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México,* del Padre Zambrano S. J. México: Jus, 1961-1977.

era un terreno en el que los novo-hispanos pretendían entonces obtener buenas marcas: es el período del desarrollo del culto a la Virgen de Guadalupe.

Nuestra conclusión va a ser doble: primero formular la hipótesis de que el poder de Don Antonio al fin de su vida haya sido, en realidad, el mayor poder religioso en la ciudad de México, mayor que el del mismo arzobispo, aunque tampoco poder absoluto; luego constatar que este poder es el poder de un criollo, no un poder criollo, lo que trae consigo una ambigüedad fundamental muy significativa de ese momento histórico.

MARIE-CÉCILE BÉNASSY-BERLING
Universidad de Paris III